

JUAN LÓPEZ-HERRERA
Las aventuras
del ingenioso detective Frank Stain



Las aventuras del ingenioso
detective Frank Stain

COLECCIÓN
LITERADURA

Juan López-Herrera

Las aventuras del ingenioso
detective Frank Stain

Ilustradas por Leonard Giovannini



Primera edición: septiembre de 2020

© Juan López-Herrera, 2020

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2020
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-12237-10-8
Dep. Legal: M-23808-2020

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta e ilustraciones: © Leonard Giovannini, 2020

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

NOTA DEL ILUSTRADOR

En este libro se ha cometido un crimen. Una serie de crímenes.

Entre las víctimas se cuentan tres de los más grandes ilustradores del *Quijote* (Urrabieta Vierge, Gustave Doré, Miguel Ángel Martín), numerosas cubiertas de novelas y revistas policiacas, algunas portadas de ediciones recientes del *Quijote*, etc. Todo calcado. Una auténtica vergüenza. Un crimen, en fin, de lesa originalidad. Animamos al genérico lector a que, emulando a Frank Stain, emprenda su propia investigación para descubrir las obras objeto de plagio.

Y cuando las localice, cumpla con su deber ciudadano y denuncie, ¡denuncie!

LEONARD GIOVANNINI

P. D.: Los perezosos (¡dignísima condición!) encontrarán los originales en la web de la editorial.

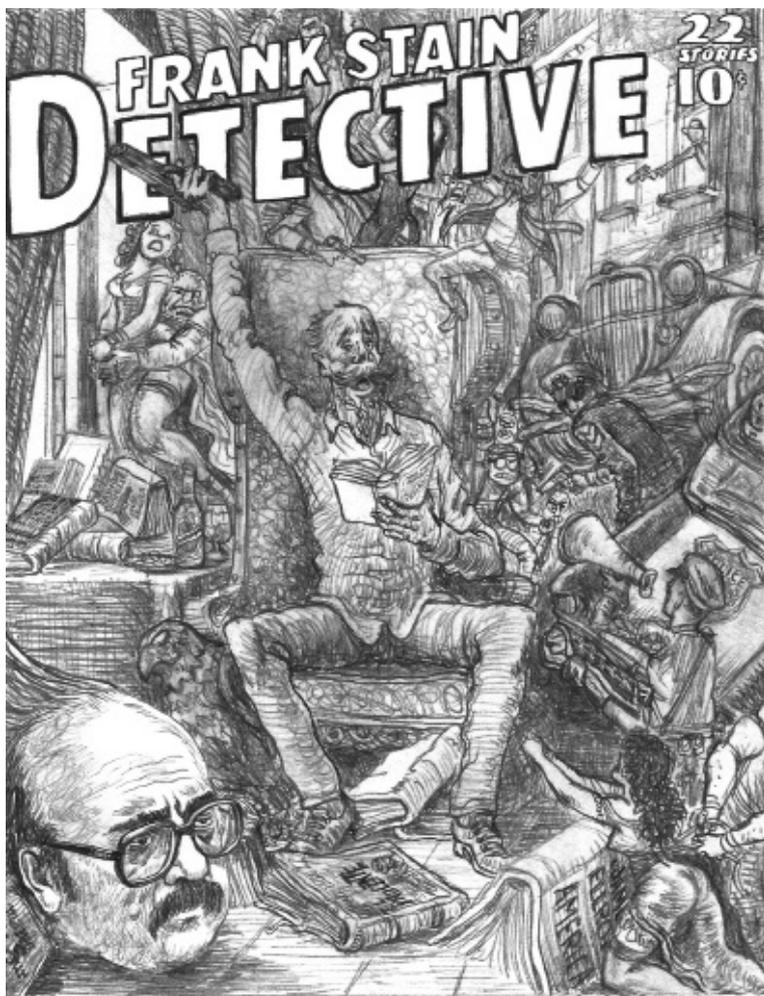


Las aventuras del ingenioso
detective Frank Stain

*A mi amigo Roque Valiente,
a quien tanto debe Bartolo Andorga, aunque este no lo sepa.*

El detective en este tipo de historias ha de ser un hombre así. Él es el héroe; él lo es todo. Debe ser un hombre completo y un hombre normal y, sin embargo, no debe ser un hombre corriente. Tiene que ser, para usar una frase bastante manida, un hombre de honor, instintiva, inevitablemente, sin pensar en ello y por supuesto sin decirlo. (...) Es un hombre solitario y su orgullo es que le trates como a un hombre orgulloso o lamentarás mucho haberle conocido. Habla como habla el hombre de su tiempo, es decir, con un ingenio rudo, un vivo sentido del ridículo, aversión hacia lo falso y desprecio por la mezquindad. La historia es la aventura de este hombre en busca de una verdad oculta, y no sería una aventura si no le sucediera a un hombre apto para la aventura.

RAYMOND CHANDLER (*EL SIMPLE ARTE DE MATAR*)



Capítulo I

*Que trata de la condición y ejercicio
del ingenioso detective Frank Stain*

EN UN BARRIO DE SEVILLA, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un funcionario de los de jornada dizque intensiva, cafelito con tostada a las diez, compras y recados varios a media mañana, caña de Cruzcampo y tapa de ensaladilla rusa a las tres, almuerzo casero de cuchara y pan de mojar a las tres y media y reparadora siesta vespertina de pijama.

Conocido en el mundo como Francisco (alias Paco) Mancha, enfilaba nuestro protagonista la recta final de la cincuentena y era hombre de estatura media, rostro enjuto, nariz aguileña, barba de mustias guedejas, cabello en franco retroceso (si no en abierta desbandada) y cuerpo de carnes tan magras como las de un misionero palentino de posguerra.

Solterón contumaz, residía Paco solo en un piso grande y destartalado heredado de sus padres y era hombre de costumbres metódicas y aficiones inmutables.

Bético inasequible al desaliento, rezaba en el altar de Cardeñosa y acudía al Villamarín religiosamente cada domingo alterno.

Aficionado a los toros, inmune a la fiebre antitaurina, vivía en íntimo luto desde la retirada de Curro, de cuyo culto había sido sufrido penitente, pero sobrellevaba la tragedia con entereza y continuaba asistiendo a todas las corridas de abono en la Maestranza, novilladas con picadores incluidas.

Completaba su particular *trivium* de artes liberales la pasión por el flamenco, en el que profesaba absoluta devoción a Bambino, el genio de Utrera, que ejercía sobre nuestro héroe una improbable fascinación.

En esta existencia plena y sin resquicios vino a infiltrarse un buen día una inquietante novedad en forma de libro: una novela negra que le hizo llegar la dueña de la pequeña librería del barrio, Macarena, gran aficionada al género, al igual que Pepe, el quiosquero. Eran ambos de la quinta de Paco y amigos suyos de infancia.

Nuestro protagonista recibió el libro con aprensión y lo tuvo varias semanas en cuarentena sobre la mesilla de noche. Antiguo alumno de los jesuitas de Portaceli, era Paco hombre de formación clásica y cultura más que mediana. En

su juventud y primera madurez había sido un lector, si no voraz, sí de apetito regular y saludable, fervoroso admirador de Cervantes y Shakespeare y de la novela canónica del XIX: Tolstói, Balzac, Dickens, los Episodios Nacionales de don Benito...

A Paco le gustaba la novela-novela: historias de aliento heroico, con planteamiento, nudo y desenlace y protagonistas apasionados y apasionantes. Para Paco el fin de la Novela con mayúscula comenzaba con Proust y Joyce, heraldos de un siglo XX egocéntrico y ayuno de heroísmo y sentimientos elevados.

Incapaz de interesarse por la novela contemporánea, con el pasar de los años había ido abandonando la literatura hasta hacerse lector casi exclusivo del *Marca*, lo que no implica valoración peyorativa alguna sobre sus capacidades intelectuales, como prueba la historia reciente de España.

Paco experimentaba auténticas dificultades para encargar la lectura de la novela que sus amigos le habían regalado en su frenética rutina diaria, saturada con las exigentes treinta y cinco horas semanales, los tapeos en el bar Manolo, las siestas vespertinas, la asistencia a partidos y corridas en las temporadas respectivas y las intensas y extensas horas frente al televisor, en las que los canales deportivos, Canal Toros y los imaginativos programas flamencos y de copla española de Canal Sur eran claros favoritos.

Sin embargo, la insistencia de la librería hizo que Paco se sintiese obligado a abrir reticentemente las páginas de la novelita en la mañana de un domingo veraniego sin toros ni fútbol. Y entonces Paco Mancha cayó fulminado de su jaca marismesa camino del Rocío y se dio de bruces con un mundo nuevo que le atrapó como solo lo habían hecho en su día las aventuras y desventuras de Pierre Bezújov, Natasha Rostova, Eugène de Rastignac, Gabriel de Araceli o David Copperfield.

Entusiasmado, se fue surtiendo a ritmo creciente de nueva novelaría, que leía con una voracidad insaciable y apremiante que le llevó a abandonar primero la televisión y, pasados unos meses, la lectura del *Marca*, a fin de dedicar también esas horas libres del día a las aventuras de sus detectives favoritos.

Devoró nuestro hombre todo lo que cayera en sus manos: novela policiaca clásica y novela negra, nacionales, británicos, norteamericanos, latinoamericanos, mediterráneos, nórdicos y hasta coreanos... Todo lo leía con igual gusto, aunque no dejó de construir poco a poco su propio altar de patronos venerados.

A Paco le gustó sobre todo la novela negra (cuanto más negra y criminal, mejor) y le cautivaron especialmente las series con protagonista fijo, fuesen estos arrojados detectives, avezados sabuesos o incluso guardias civiles que citaban a Lacan.

Se rindió sin condiciones al genio de los padres fundadores estadounidenses, Dashiell Hammett y Raymond Chandler, con sus detectives Sam Spade, Ned Beaumont, Nick Charles o el gran Philip Marlowe.

En cuanto al género nacional, el ya ex lector del *Marca* sentía un respeto reverencial por Pepe Carvalho, que quemaba libros de los que Paco nunca había oído hablar de una biblioteca de tres mil quinientos volúmenes.

Y qué decir de la vertiente culinaria, en la que Carvalho podía rememorar sin despeinarse «un glorioso minestrone de ostras de Girardet» o «algo barroco y sabroso, al estilo del brioche de tuétano y foie» de Jockey, en tanto que el mundo gastronómico de Paco Mancha se limitaba a sus tostadas de manteca *colorá* con tropezones, a su Cruzcampo fresquita y a sus tapas de ensaladilla rusa, *pringá*, pavía de bacalao, papas *aliñás* o alioli, menudo con garbanzos y sangre *encebollá*.

Para Paco —que bien podría ser considerado un precursor de los circuitos cortos y del movimiento gastronómico Kilómetro Cero— una tapa de salmorejo cordobés en Sevilla constituía un delito de *lesa patria coquinaria* y un ceviche o un sushi le eran no ya culturalmente ajenos, sino radicalmente incompatibles con su cosmogonía culinaria.

Y si hacia Carvalho experimentaba Paco respeto reverencial, por personajes como el inspector Méndez de Francisco González Ledesma y el Toni Romano de Juan Madrid

sentía auténtica devoción: gente de la calle que, aun sin las sofisticaciones gourmets y librescas de Carvalho, Montalbano, Bevilacqua o Mario Conde (aunque Méndez dejase escapar en *Las calles de nuestros padres* que había leído a Torres i Bages), eran hombres de una pieza, tipos duros que no se arredraban ante nada ni ante nadie.

Pero su debilidad íntima era el jefe de la Policía Municipal de Tomelloso, don Manuel González, alias Plinio, a quien Paco admiraba de forma secreta y trágicamente inconfesable después de que el venerado Vázquez Montalbán calificase su obra de «mero estudio de costumbres en un pueblo de la Mancha».

Enfrascose de tal modo nuestro héroe en la lectura de tantas de estas novelas que acabó por dedicarles las horas de oficina (cabe aclarar que sin menoscabo alguno de su productividad) y llegó al supremo sacrificio de renunciar a los abonos del Betis y de la Maestranza, con lo que allegó nuevos recursos para la compra de libros y dispuso de más tiempo para su lectura.

Y es que, a diferencia de su Santísima Trinidad de Cardeñosa, Curro y Bambino, cuyas obras inmortales solo podía admirar retrospectivamente, las novelas policíacas eran un mundo en constante expansión, un *big bang* universal en el que resultaba prácticamente imposible leer lo ya escrito y mantenerse al mismo tiempo al día de las incesantes novedades.

Como al más insigne de los enajenados que en el mundo han sido, a nuestro protagonista también se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio.

Y al igual que aquel, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, pareciéndole no solo conveniente, sino incluso muy necesario, hacerse él mismo detective para salir en busca de aventuras y luchar contra los poderosos corruptos y las mil y una injusticias de este mundo, ganando en el empeño eterno nombre y fama como sus héroes inmortales.

Puso Paco Mancha manos a la obra sin dilación y lo primero que hizo fue buscar en los armarios la gabardina beige con cinturón y el sombrero borsalino de fieltro gris que su padre había comprado en los años sesenta, cuando trabajaba como representante de Ponche Caballero por toda España.

No recordaba a su padre usando estas prendas en Sevilla, pero estaba seguro de que no se había deshecho de ellas y, efectivamente, tras una inmersión de profundidad en los armarios paternos, las encontró en impecable estado de revista, aunque con un olor a alcanfor que a estas alturas más parecía agente químico de la Primera Guerra Mundial.

Paco se contempló en el espejo de cuerpo entero del armario ataviado con la gabardina y el borsalino, y constató

satisfecho el indudable aire a detective americano de la época más clásica.

Bajó al garaje, pues pareció evidente de toda evidencia que un detective respetable debía disponer de su propio coche para los desplazamientos y eventuales persecuciones en caliente. Aunque nuestro héroe era más bien usuario del coche de San Fernando y —todo lo más— del autobús de línea, había guardado por razones sentimentales el SEAT 1500 negro de su padre.

Paco no lo conducía jamás. Bartolo, un vecino del barrio aficionado a la mecánica y parado de infinita duración, se lo cuidaba con mimo a cambio de poder usarlo de vez en cuando. Introdujo la llave de contacto, la giró y el coche arrancó puntualmente con el mismo ronroneo pesado y fiable de su infancia.

Resuelta la logística, caviló nuestro hombre sobre el nombre profesional que habría de utilizar en sus andanzas detectivescas y, tras rumiarlo durante horas, se vio obligado a reconocer que Paco Mancha no parecía la tarjeta de presentación más adecuada para un detective duro e implacable, que tendría que infundir respeto con solo pronunciar su nombre y apellido mirando fijamente a los ojos a su interlocutor («Mancha... Paco Mancha...»).

Concluyó por ello nuestro protagonista que lo mejor sería adoptar un nuevo nombre en inglés, recurso por otra

parte irrefutablemente clásico, pues recordó que en *El hombre delgado*, de Hammett, se revelaba que el verdadero apellido del detective retirado Nick Charles era Charalambides y el propio Toni Romano se llamaba en realidad Antonio Carpintero.

Los conocimientos de inglés de Paco eran manifiestamente mejorables, así que se vio obligado a recurrir al diccionario a fin de traducir Paco Mancha por Frank Stain, nombre que le sonó eufónico a la par de contundente como un *uppercut* de Toni Romano, y muy apropiado para un detective llamado a brillar con luz propia junto a las grandes luminarias de la constelación del género.

Paco Mancha tornó a mirarse en el espejo envuelto en su gabardina y tocado con su borsalino y sonrió satisfecho como lo podría haber hecho el gran Nick Charles: Frank Stain estaba listo para salir al mundo en busca de aventuras y dispuesto a hacer justicia.